

Prefacio

LO QUE MENOS se pretende con la escritura de este libro es que vaya a ser considerado hostil para con el escolasticismo o el método académico. Eruditos de Oriente y Occidente han consagrado heroicamente sus vidas laborales a proporcionar, por medio de sus propias disciplinas, el material literario y filosófico Sufi al mundo entero. En muchos casos han fielmente registrado la propia insistencia de los Sufis en que el Camino de los Sufis no puede ser comprendido por medio del intelecto o del aprendizaje ordinario a través de libros. El hecho de que este principio no les haya impedido intentar traer al Sufismo dentro del ámbito de su propia comprensión es un tributo a su honradez intelectual y a la fe en su propio sistema de investigación.

Sin embargo, sería falso para con el Sufismo no afirmar que este no puede ser apreciado más allá de cierto punto excepto dentro de una situación real de enseñanza, la cual requiere la presencia física de un maestro Sufi. Para el Sufi no es casual que la “doctrina secreta”, cuya existencia ha sido sospechada y buscada desde tiempo inmemorial, resulte ser tan elusiva para el buscador. Si, digamos, el comunismo es una religión sin un dios, el estudio académico del Sufismo sin ser de alguna forma un “Sufi operante” es el Sufismo despojado de su factor esencial. Si esta aserción va en contra de la tradición racional de que todo individuo puede encontrar la verdad solamente mediante el ejercicio de las facultades con las cuales ha sido dotado, hay solo una respuesta. El Sufismo, la “tradición secreta”, no se encuentra disponible sobre una base de

suposiciones que pertenecen a otro mundo, el mundo del intelecto. Si se siente que la verdad sobre hechos extrafísicos debe ser buscada solamente por medio de un modo de pensar, el racional y “científico”, no podrá haber contacto entre el Sufi y el buscador supuestamente objetivo.

La literatura y enseñanza preparatoria Sufis están diseñadas para ayudarnos a cerrar la brecha entre estos dos mundos de pensamiento. Si no fuese posible proporcionar puente alguno, este libro sería inútil y no debería haber sido escrito.

El Sufismo – considerado como un nutriente para la sociedad – no está destinado a subsistir dentro de la sociedad en una forma inalterada. Es decir, los Sufis no erigen sistemas como uno construiría un edificio para que generaciones posteriores los examinen y aprendan de ellos. El Sufismo es transmitido por medio del ejemplar humano: el maestro. El hecho de que sea una figura desconocida para el público en general, o que tenga imitadores, no quiere decir que no exista.

Encontramos vestigios del Sufismo en organizaciones deterioradas en las cuales este elemento de transmisión humana de *baraka* ha cesado: apenas queda la forma. Dado que esta cáscara externa es la más fácilmente perceptible para el hombre común, tenemos que usarla para señalar algo más profundo. A diferencia de él, no podemos decir que tal o cual ritual o libro encarnen al Sufismo. Comenzamos con material humano, social y literario, que es tanto incompleto (pues ahora no va acompañado del impacto de un ejemplar viviente, el maestro) como secundario, pues apenas será absorbido parcialmente. Ciertos hechos históricos, como las organizaciones religiosas y sociales, cuando persisten, son fenómenos secundarios y externos que dependen de la organización, de la emoción y del aspecto externo para su supervivencia. Estos factores, tan esenciales para el mantenimiento de sistemas conocidos, son, Sufísticamente

hablando, apenas sustitutos de la vitalidad del organismo, a diferencia de la apariencia y el sentimiento.¹

Una escuela Sufi surge, como cualquier otro fenómeno natural, para florecer y desaparecer, no para dejar rastros en un ritual mecánico o interesantes restos antropológicos. La función del nutriente es ser transmutado, no dejar vestigios inalterados.

El gran maestro Sufi Jami se refiere a esta tendencia cuando dice que si a la barba se la deja crecer demasiado, competirá con el cabello en su deseo de atención o protagonismo.

Se entenderá fácilmente que las afirmaciones del Sufismo acerca de lo “orgánico” y el “ejemplar humano” lo apartan de inmediato del ámbito de los estudios convencionales.

Hay, sin embargo, cierto valor en el prestarle atención a la influencia Sufi en la cultura humana. En primer lugar, podemos observar intentos de reducir la brecha entre el pensamiento ordinario y la experiencia Sufi contenida en medios poéticos, literarios y otros que han sido diseñados para guiar a la conciencia humana ordinaria, atenuada o embrionaria, hacia una percepción y realización más elevadas. En segundo lugar, los Sufis sostienen que incluso en culturas donde el pensamiento autoritario y mecánico ha ahogado la comprensión exhaustiva, la individualidad humana tendrá que manifestarse de cualquier manera, incluso aunque solo sea a través de la sensación primitiva de que la vida debe de tener un significado superior al que se propaga de modo oficial.

En este libro se hace énfasis, con fines ilustrativos, en la difusión del pensamiento Sufi durante cierta fase (desde el siglo VII de nuestra era actual). Si en el proceso

¹ Véase nota “Perspectiva”.

se presentan materiales completamente nuevos, no se hace con un propósito de esfuerzo escolástico. El escolasticismo está interesado en acumular información y hacer deducciones a partir de ella. El Sufismo está dedicado a desarrollar una línea de comunicación con el conocimiento superior, no con la combinación de hechos individuales – por más excitantes que sean históricamente – o la teorización en modo alguno.

El Sufismo, debería recordarse, es pensamiento oriental solo en la medida en que conserva creencias – como la del ejemplar humano – que en Occidente han caído en desuso. Es oculto y místico ya que sigue una vía distinta a la que ha sido presentada como verdadera por organizaciones autoritarias y dogmáticas. El Sufismo afirma que dicha actitud constituye tan solo una parte o fase de la historia humana. Al sostener que posee una fuente “auténtica” de conocimiento, el Sufismo no puede aceptar las pretensiones de la fase temporal que, vista desde dentro de sí misma, es actualmente considerada como la “lógica”.

Una buena parte del material aquí presentado está incompleto porque no es posible incrementar la cantidad de literatura formal sobre el Sufismo sin el contrapeso de la práctica Sufi. Sin embargo, gran parte del mismo es desconocido fuera de los círculos Sufis tradicionales; no pretende influir en el escolasticismo tradicional con el cual apenas tiene la conexión más superficial: y una que no puede ser sostenida sin distorsión.

Al Sufismo se lo conoce por medio de sí mismo.

Es interesante notar la diferencia entre la ciencia tal como la conocemos hoy y como era vista por uno de sus pioneros. Roger Bacon, considerado la maravilla de la Edad Media y uno de los mayores pensadores de la humanidad, fue el pionero del método del conocimiento obtenido por medio de la experiencia. Este monje franciscano aprendió de los Sufis de la escuela iluminista que existe una diferencia entre

el acopio de información y el conocimiento de las cosas a través del experimento real. En su *Opus Maius*, donde cita a autoridades Sufis, dice:

Existen dos maneras de saber: por medio del razonamiento y de la experiencia. El razonamiento brinda conclusiones y nos obliga a admitirlas pero no causa certidumbre ni despeja dudas para que la mente pueda descansar en la verdad, a menos que esto sea provisto por la experiencia.

Esta doctrina Sufi es conocida en Occidente como el método científico de procedimiento inductivo, y la ulterior ciencia occidental está ampliamente basada en el mismo.

Sin embargo, en vez de aceptar la idea de que la experiencia es necesaria en todas las ramas del pensamiento humano, la ciencia moderna tomó dicha palabra en el sentido de “experimento”, donde el experimentador permanece lo más lejos posible de la experiencia.

Desde el punto de vista Sufi, cuando escribió las anteriores palabras en 1268, Bacon no solo puso en movimiento la ciencia moderna sino que a la vez transmitió al menos una porción de la sabiduría sobre la que aquella pudo haberse basado.

El pensamiento “científico” ha trabajado desde entonces continua y heroicamente dentro de esta tradición parcial. A pesar de tener sus raíces en el trabajo de los Sufis, el deterioro de la tradición ha impedido que el investigador científico aborde el conocimiento por medio del conocimiento mismo: por la “experiencia”, no meramente por los “experimentos”.